

EL BLOQUE

Año VI

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Cáceres 13 de Noviembre de 1912

Dirección y Administración: Margallo, 64

Núm. 256

ESPAÑA ESTÁ DE LUTO

HAN ASESINADO AL SR. CANALEJAS

La catástrofe.—Las noticias del crimen.—Versiones y comentarios.—La general indignación.

ANTE LA HECAATOMBE

¡Canalejas!
¿Sabéis lo que para nosotros compendió esa palabra?
No eran sólo santas ambiciones y esperanzas legítimas. Era algo más sagrado y más puro, más grande y más fuerte. Era el ideal inefable ante el que se rinden todas las potencias del alma; era ese algo que pone en el corazón bríos indomables y en el cerebro ideas generosas; ese algo que nos lleva a la lucha con la obsesión incontrastable del triunfo y nos guía como una aurora resplandeciente a través del infinito insondable del misterio y del caos...
¡Ese ideal, ese faro de gloria se ha hundido para siempre en el negro abismo del no ser! La fatalidad inexorable y ciega armó el brazo de un bestial asesino, aborto siniestro de no se sabe qué lúgubres odios, excremento vil de aberraciones nefandas é insólitas... y allá fué el golpe trágico que perforó el cerebro más potente de la España contemporánea y detuvo el ritmo generoso de aquel corazón que latió al conjuro de todos los sentimientos nobles, de todas las libertades redentoras, de todos los salvadores altruismos.

¡Han matado a Canalejas!
¿Pero es verdad esto? ¿Es esto posible?
La imaginación se resiste á creerlo, se niega á dar cabida al convencimiento fatal y el espíritu tiembla y vacila ante la inercia de la catástrofe; pero la realidad, fría, despiadada, inmutable, se ostenta con la desolación aterradora de un bárbaro y esculpido laconismo: Han matado á Canalejas y en su cadáver todavía insepulto se ostenta la mortífera huella del plomo asesino que abrió puertas para que volara aquella alma grande, aquella vida gloriosa que debió ser sagrada para los hombres, aquella existencia que irradió sobre esta época fructuosa de la Historia de España como un sol pródigo y fecundo.
Quisiéramos poder sobreponernos á la inmensa pena, al dolor inenarrable que nos agobia; qui-



sieramos, en un solo momento de renunciaciones y de olvidos, poder desterrar esta congaja que nos invade, poder pasar ecuanimes y resignados sobre este dolor nuestro, cruzarnos de brazos ante la esfinge muda del Destino, siendo bastante sabios para inquirir en su impasibilidad hermética cuales son los designios supremos que presiden los destinos de España cuando el cielo consintió que pereciera Cánovas del Castillo en momentos definitivos para la patria y consiente que Canalejas sucumba ahora que la regeneración florecía en un resurgimiento grandioso de positivas é inmarcesibles esperanzas.
Hay ocasiones en que sobre el ser dejan de gravitar todos los egoísmos, todos los convencionalismos y todos los prejuicios que constituyen el lastre atávico de

quien lucha contra las ajenas pasiones imbuido por las pasiones propias entre las brumas de un estado social imperfecto; hay ocasiones en que el alma, sintiéndose con alas vuela sobre toda miseria y se pierde en dolores lucubraciones ó se anonada ante el zapazo brutal de lo imprevisto.
Momentos solemnes son estos para el alma española. Un sacudimiento galvánico ha recorrido los ámbitos de la Nación entera estremeciéndolo el dolorido sensorio de la raza que en su éxodo fructuoso á través del tiempo y del espacio, supo de todos los heroísmos y de todas las grandezas y también de todos los sacrificios y de todos los infortunios.
¿Quién supiera explicar lo que el alma siente ante el cadáver del estadista insigne!
No hay palabras capaces de ex-

presarlo; nuestro dolor es tan grande que el alma llora sin consuelo y á los labios sólo acude esta desgarradora frase que simplifica la bárbara desolación de la hecatombe:

¡Han matado á Canalejas!

Primeras versiones

Fué en la Puerta del Sol, casi esquina á la calle de Carretas, ante el escaparate de la librería de San Martín.
El Sr. Canalejas acababa de salir de su casa y se dirigía á Gobernación, donde tenía citados á sus compañeros de Gobierno para celebrar Consejo.
Eran las once y veinticinco minutos.
El eminente hombre público se detuvo ante el escaparate de la librería del Sr. San Martín y embobó en la requisa de las nuevas publicaciones.
El criminal se acercó al escaparate con aparente tranquilidad, y sacando una pistola Browning, disparó.
La bala, después de herir al señor Canalejas, agujereó la luna del escaparate, yendo á ocultarse entre los libros de las estanterías del establecimiento.
En aquel momento había en la tienda dos dependientes, que aterrados al escuchar los tiros, se metieron precipitadamente bajo el mostrador.
La aëra quedó desierta en un instante y el cadáver del eminente estadista habría estado abandonado unos momentos si la casualidad no hubiese hecho que muy próximo al lugar del suceso se encontrase el letrado don Isidoro Zapata, hijo político del señor Díaz Gobeña, quien, acercándose apresuradamente á la víctima, la sostuvo en sus brazos.
El criminal intentó huir, pero á unos pasos del lugar del suceso le alcanzó un desconocido dándole un palo en la nuca que le hizo tambalearse, y varios agentes, entre ellos D. Leonardo Borrego.
El asesino se rehizo; disparó inmediatamente contra su agresor y aplicándose después á la cabeza al arma homicida, se dió un tiro.
El criminal fué recogido por la policía y trasladado, al advertir que aún vivía, á la Casa del Socorro del distrito del Centro, donde dejó de existir pocos momentos después sin haber podido hacer manifestación de ninguna clase.
Entretanto, se habían acercado al Presidente: el agente de Vigilancia don Pablo Casado, el ayuda de Cámara del marqués de Villagonzález, Antonio Arizmendi; el Sr. Moral y otras personas.
Una de ellas, que era un caballero que había descendido de un automóvil, se inclinó hacia el Presidente, y al observar en él un ligero movimiento, supuso que aún se hallaba con vi-

da, é indicó la conveniencia de trasladarlo en seguida al Ministerio de la Gobernación.

El Sr. San Martín y los dependientes de la librería creyeron que antes habían arrojado una piedra al Sr. Canalejas, porque los trozos de cristal del escaparate penetraron en el establecimiento, pero al oír los disparos uno de los dependientes salió a cerrar el escaparate, viendo entonces al Sr. Canalejas tendido en el suelo.

Al tomarle en brazos el agente Casado y las demás personas que acudieron en auxilio de la víctima, el Sr. Canalejas abrió los ojos y exclamó con acento muy débil: «Me han matado esos canallas!»

Después volvió a cerrar los ojos y perdió el conocimiento.

Los que conducían al Sr. Canalejas entraron por la puerta principal de la Gobernación, y subieron con él por la escalera grande; pero como no podían penetrar por la mampara giratoria que da acceso a los antedepachos del Ministerio y del subsecretarios, fué derribada la puerta.

En el espacio del portal al piso principal se le cayó al Sr. Canalejas del bolsillo una cartera que contenía diversos documentos y 2.000 pesetas en billetes del Banco de España.

Esta cartera fué recogida por el portero del Ministerio.

La muerte del Presidente

Hay motivos para sospechar que aún respiraba el Presidente del Consejo cuando se depositó su cuerpo sobre las losas del zaguán de la Gobernación.

El citado doctor y varios de los que le acompañaban tiraron violentamente de las prendas que vestía el Sr. Canalejas, dejando su pecho al descubierto. Desgraciadamente, cuando se hizo esta operación no podían servir de nada los auxilios de la ciencia, porque Canalejas era ya cadáver.

Traslado del cadáver

Confirmada por desgracia, la muerte del Presidente, se pensó en trasladar su cadáver a las habitaciones superiores, pensando en colocarlo en el ascensor para llevarlo mejor.

Así se hizo; pero ya al pié del ascensor hubo que renunciar á semejante medio, porque el ascensor es muy pequeño y decidieron subirlo por la escalera principal.

En el salón de porteros

Sobre una mesa grande que en el salón central del ministerio existe, donde los periodistas apuntan sus notas muchas veces y donde se halla el portero mayor, fué depositado el cadáver del Presidente.

Escenas desgarradoras

La noticia del horrible asesinato había circulado tan rápidamente como se inflama un reguero de pólvora, y las telefonistas tuvieron también su momento de verdadera locura para atender á las comunicaciones que de todas partes solicitaban.

Así se explica que fueran llegando en pocos momentos cuantos personajes figuran en la política.

Uno de los primeros en llegar fué el Sr. García Prieto, que al cruzarse con D. Miguel Moya, y hondamente emocionado, dijo:

—¿Pero es cierto? ¿Está herido el Presidente?

—¡Muerto!—dijo una voz, y ante la terrible noticia el Sr. García Prieto sufrió un desvanecimiento, teniendo que apoyarse en sus amigos para no caer al suelo.

Contraste horrible

Depositado el cuerpo del Sr. Canalejas, y entre los sollozos de la mayor parte de los que contemplaban el cadáver, alguien abrió la puerta del despacho central del Ministro.

El contraste no pudo ser más tremendo.

Ante los ojos llorosos de los asistentes apareció puesta la mesa preparada para la comida que habían de hacer los Ministros después del Consejo que debía presidir el Sr. Canalejas.

Esa mesa simbolizaba la alegría y satisfacción del deber cumplido, deber al que el Sr. Canalejas dedicó todas sus energías para hacer llevadera la vida de los pobres con sus leyes y reformas, y ante ella aparecía sin vida el democrata por excelencia, tan democrata que esa condición le ha llevado á parecer ante el arma de un miserable asesino.

La señora de Canalejas.—Por teléfono

En aquel momento sonó nuevamente el timbre del teléfono.

Era la ilustre dama que compartía

con el muerto alegrías y tristezas, que llena de zozobra, preguntaba si había sucedido algo á Pepe.

El Sr. García Prieto, ya repuesto de su desvanecimiento se puso al aparato.

—¿Qué le pasa á Pepe?, pregunta doña María.

—Sufré un accidente—contestó el Sr. García Prieto.

—Pero ¿qué es? Dígamelo, porque quiero ir corriendo á la Gobernación.

—No venga usted, señora, porque al momento iremos á su casa para decirle lo que ocurre.

—¿Pero qué pasa, qué pasa?

La noble señora tenía sin duda la intuición de algo muy grave, porque su voz era pálida y entrecortada, reflejando sobre todo la más tremenda ansiedad.

Por fin pudieron convencerla para que esperase en casa.

El Rey ante el cadáver

Sucedíanse en el Ministerio de la Gobernación las escenas de dolor sin interrupción, y pronto llegó al salón el clamoreo de la muchedumbre que vitoreaba al Rey en la calle.

Su Majestad, acompañado del Marqués de la Torrecilla, subió en el ascensor y entró en la sala, pálido el semblante y llevando en sus ojos reflejada la horrible impresión que le había producido la noticia.

D. Alfonso XIII contempló el cadáver de su primer Ministro con ese dolor mudo que es la expresión más terrible de todos los dolores, y pasados breves instantes ordenó que los Ministros de Marina y Guerra se encargaran de dar la noticia á la familia.

Siguientemente S. M. el Rey llamó á los Ministros restantes, que ya habían acudido al lado de su ilustre jefe, y se encerró con ellos, así como con los señores Maura y Dato.

—¡Señores, á reunirnos!—exclamó el Rey.

El aspecto de la Puerta del Sol

La Puerta del Sol presentaba un aspecto único. No volverá á repetirse el cuadro. Hasta el momento en que escribimos menudean los grupos de todas las clases de la sociedad comentando el suceso.

Los primeros momentos fueron de locura. La gente corría de un lado á otro sin dirección. La Policía, desorientada, quería pegar á la multitud para detenerla; la Guardia civil luchaba á brazo partido con diputados y senadores que querían entrar en la Gobernación para ver el cadáver.

Los empleados de todas las oficinas abandonando instintivamente sus puestos, salían, frenéticos, á la calle en busca de noticias; por todas partes había una oleada de sentimiento general; en todos los labios surgía una frase de piedad para Canalejas y una recriminación para el asesino.

La Puerta del Sol hervía de movimiento; los tranvías no podían avanzar y tocaban sus campanas; los coches detenidos eran casi arrastrados por la oleada humana, congestionándose; los automóviles sonaban sus bocinas inútilmente; el público agitándose, revolviéndose, quería saber, comentaba el hecho, condenaba el crimen, absorbía los detalles de la catástrofe.

Los altos empleados, los hombres públicos, todas las personas de valía que hay en Madrid han acudido al Ministerio de la Gobernación para descubrirse respetuosos ante el cadáver.

La muerte de Canalejas ha producido un estado general de hiperestesia; el público se ha sentido abrumado, abatido; ha sido una noticia inesperada, que nadie podía prever y que en el cálculo de probabilidades estaba deshechada.

La Puerta del Sol hoy ha sido la exteriorización de un estado nacional, reconcentrado allí.

Parecía que la Puerta del Sol era el núcleo de un trastorno nervioso que se irradiará hoy por toda España y tendrá ramificaciones en todo el mundo.

Más heridas de Canalejas

Además del balazo en la cabeza, que le produjo la muerte instantánea, Canalejas recibió otros dos balazos; uno encima del corazón, también de suma gravedad, y otro, sin importancia, en el brazo izquierdo.

Palabras del Rey

Emocionadísimo, como antes decimos, el Rey al encontrarse frente al cadáver de Canalejas, apenas cometido el atentado, sólo pudo pronunciar las siguientes palabras:

—¡Qué horrible es esto!

Navarro Reverter, enfermo

De los Ministros, el primero que llegó al Ministerio de la Gobernación fué el Sr. Navarro Reverter.

Apenas el Ministro de Hacienda hubo llegado al piso principal, al enterarse de toda la inmensa gravedad del suceso, experimentó un fuerte síncope, que durante algunos segundos le tuvo privado.

Repuesto el Sr. Navarro Reverter de la terrible impresión primera, penetró en el salón donde yacía el cadáver de Canalejas.

A su vista, el Ministro de Hacienda sufrió otro síncope de mayor duración que el primero.

Tan fuerte fué esta segunda emoción, que el Sr. Navarro Reverter tuvo que ser sacado en brazos de varios amigos y conducido rápidamente al coche que en el patio de la Gobernación le esperaba para llevarle á su domicilio.

El Ministro de Hacienda, apenas llegó á su casa, se vió obligado á guardar cama, enfermo á consecuencia de tan hondas y recias impresiones.

¿Quién es el asesino?

En los corrillos formados en los pasillos se decía que el asesino era un anarquista llegado á Madrid para asesinar al Sr. Canalejas; que era un estudiante, que era ingeniero industrial; también decían que era un conservador amargado por los triunfos del señor Canalejas; que era un escultor, y, por último, que era un policía de la secreta que tenía resentimientos por haber sufrido un castigo.

En la Casa de Socorro

La gente se aglomeraba también á la puerta de la Casa de Socorro del Centro, contenida por fuerzas de caballería.

Allí había sido conducido el agresor que cuando penetramos en la Casa de Socorro se hallaba agonizando y asistido por los médicos Sres. Casuso y Dupuy.

Presentaba el agresor y suicida una herida de arma de fuego con orificio de entrada en la región temporal derecha, con salida por la interparietal izquierda.

Su filiación, según la partida de bautismo que llevaba en el bolsillo, es la siguiente:

Llámase Manuel Pardiñas Serrato Martín, nació en 1.º de Enero de 1880 y tenía, por lo tanto, treinta y dos años.

Era natural de El Grado (Huesca), é hijo de Pedro y Vicenta.

El Teniente fiscal Sr. Mena, con el Juez de guardia, recogió la partida de bautismo, una cartera y un reloj.

El asesino de Canalejas era, según las últimas noticias oficiales, escultor vaciador, y, á lo que parece, desconocido por completo en los Centros societarios de Madrid.

Otros afirman que era un anarquista conocido, cuya ficha antropométrica figura en los Registros de la Policía.

Según versiones de testigos presenciales del atentado, Manuel Pardiñas estuvo esperando el paso del Sr. Canalejas en un bar próximo al lugar del suceso.

Consumado el crimen, Manuel Pardiñas huyó rápidamente.

Pero no tanto que un transeunte llamado Víctor Galán, se percatase de lo ocurrido y tratara de detener al autor del atentado, arrojándose sobre él.

Entonces el asesino hizo un disparo sobre Víctor Galán, hiriéndole en el antebrazo.

Manuel Pardiñas, libre ya de la persecución de Víctor Galán, pero temeroso de que otros transeuntes y guardias que pronto acudieron al ruido del disparo le detuviesen, se refugió detrás de un coche, á la entrada de la calle de Carretas.

En los pocos, contados minutos de que dispuso Manuel Pardiñas detrás del carruaje donde logró de momento ocultarse se disparó un tiro, desplomándose gravísimamente herido al suelo.

Muerte del asesino

Manuel Pardiñas, el asesino de Canalejas, ha fallecido é consecuencia del disparo que se hizo en la calle de Carretas, detrás del coche donde se refugió, perseguido por el transeunte Víctor Galán.

Manuel Pardiñas ha muerto á la una y media de la tarde.

Procedencia del asesino

Según manifestaciones hechas por una conocida persona, que ocupa un alto cargo en la Administración pública, el asesino de Canalejas llegó hace tres días de Barcelona.

Sin duda, Manuel Pardiñas era individuo sospechoso, porque de su venida á Madrid se tuvo conocimiento en la Jefatura de Policía.

El arma homicida

Reconocida el arma con que ha sido asesinado Canalejas, resulta ser una pistola Browning, de reglamento, al parecer nueva.

¿Hay un cómplice?

Juan González, que vive en Tetuán, se ha acercado á la Redacción del *Heraldo* para decir:

—Bajaba yo por la calle de Carretas, y al desembocar en la Puerta del Sol vi á Canalejas, que estaba inclinado mirando el escaparate de la librería; estaba rozando con el sombrero el cristal, y me fijé en que llevaba el bigote retorcido y estaba recién afeitado. Y yo pensé: «Buena ocasión para pedirle un destino.» Pero ante el temor de que algún agente no me dejara acercarme á él, creyendo que yo pudiera ser alguno como ese que le ha matado, previamente me contuve. Entonces vi que un hombre de barba más bien rubia se acercaba á Canalejas y le miraba la cara muy cerca, y en aquel momento pasaba junto á mí una muchacha, y la miré, y en ese instante oí tres tiros; levanté la cabeza creyendo que era un cable ó algo así, y en esto veo caer á Canalejas, rígido, y á un hombre, con una capa, dando traspiés, que fué á caer detrás de los coches...

—¿El de la capa no era el de la barba?

—No, señor.

—¿El de la barba no era un hombre alto, fuerte, fornido?

—No, señor, era más bajo que Canalejas.

—¿Es que el agente que dió un palo al asesino tiene barba; pero es alto y fuerte.

—No, señor; el hombre de la barba que yo vi acercarse á Canalejas, como para reconocerle, momentos antes de los disparos, es más bajo que Canalejas.

—Y la barba, ¿es negra?

—No, señor; algo rubia.

Dictamen de los médicos

El dictamen de los médicos que han reconocido el cadáver de Canalejas manifiesta tener éste una herida mortal de necesidad, en la cabeza, con orificio de entrada en la región mastoidea izquierda y orificio de salida, más reducido que aquél, en la misma región del lado derecho.

Un rumor

Con gran insistencia y, hasta si se quiere, con visos de verosimilitud ha circulado el rumor de que en el Ministerio de la Gobernación se había recibido hace cuatro días noticias de París anunciando la salida de un anarquista que venía á Madrid con objeto de cometer un atentado.

Las primeras noticias á la viuda

Dice el *Heraldo*:

El subsecretario de la Presidencia, D. Práxedes Zancada, apenas repuesto del síncope que había sufrido al recibir la noticia del atentado á Canalejas, fué comisionado para disponer el ánimo de la familia del finado para conocer la triste nueva.

Desde el Ministerio de la Gobernación, Zancada se dirigió inmediatamente al domicilio particular de Canalejas, solicitando ser recibido con urgencia por la viuda.

Nuestros afanes informativos se detentaban, respetuosos, ante el dolor de la ilustre dama, renunciando á inquirir los detalles de tan trágica escena.

Al llegar Zancada á casa de Canalejas, la viuda conocía ya la noticia, aun cuando no toda la gravedad que ella encerraba.

El Sr. Zancada cumplió su penoso deber en los términos de la más absoluta sobriedad, sin que el propio pesar le permitiese mitigar la impresión que habría de experimentar la viuda.

Dice *La Tribuna*:

Apenas había llegado el cuerpo del Presidente á la Gobernación sonó el timbre del teléfono. El subsecretario, señor Navarro Reverter se puso al aparato. Quien llamaba era la señora de Canalejas.

Hasta la infortunada señora acababa de llegar, vago é indeciso, rumor de que á su esposo le había ocurrido algo funesto. El Sr. Navarro Reverter no se atrevió á contestarla y llamó al Ministro de Gracia y Justicia, quien, en su calidad de íntimo amigo de la familia, parecía el más indicado para comunicarle la triste nueva.

El Sr. Arias de Miranda se puso al teléfono y oyó la voz angustiada de la señora de Canalejas que, ya con el presentimiento de la horrible verdad, preguntaba desesperadamente:

—¿Dónde está mi esposo?

—Aquí—contestaba turbado el señor Arias de Miranda.

—Allá voy.

El Sr. Arias de Miranda suplicó, por Dios, á la señora de Canalejas que no hiciese tal, y le aseguró que en aquel mismo instante iba él á darle personalmente toda clase de noticias.

En efecto; el Sr. Arias de Miranda se dirigió, acompañado del Ministro de la Guerra, al palacio de la calle de las Huertas.

La escena fué verdaderamente indescripible. Antes que los Ministros hablaran, la ilustre señora, que había salido ansiosamente á su encuentro, leyó en sus rostros demudados toda la verdad.

El Sr. Arias de Miranda fué poco á poco, lentamente, confesando la espantosa desgracia, cuyo relato producía en la infeliz viuda atroces convulsiones de dolor.

Dice *La Tribuna*:

Momentos después de la alevosa muerte del Sr. Canalejas llegó precipitadamente D. Alejandro Saint-Aubin á la morada particular del Presidente del Consejo y preguntó emocionadísimo:

—¿Y María?... ¿Sabe algo?... ¡horrible!... ¡horrible!...

Y al responder negativamente los preguntados, el Sr. Saint-Aubin exclamó:

—¡Oh, no!... Yo no tendría valor para comunicarle la infausta... y sin terminar la frase salió rápidamente.

Las últimas horas del Presidente

Anoche se retiró á su casa el señor Canalejas á las ocho y media. Como de costumbre, comió poco después, rodeado de su distinguida señora é hijos.

A las nueve y media bajó á su despacho, donde leyó los periódicos de la noche.

Poco después recibió á varios amigos.

Desde las diez y media hasta las doce de la noche, el Sr. Canalejas estuvo conversando con el director del *Diario Universal*, D. Daniel López; el presidente de la Diputación provincial D. Benito Pérez Armas, el redactor de *El Liberal* D. Antonio R. Lázaro, D. Cristóbal de Castro y otro periodista.

Fué el Sr. Canalejas quien, con su ingenio y donosura, mantuvo la conversación, refiriendo anécdotas y encantando á sus contertulios con su donaire.

A las doce de la noche se despedían estos amigos, subiendo el Sr. Canalejas á sus habitaciones para acostarse.

Sus visitantes salían hablando precisamente de las condiciones de carácter de este gran hombre que, abrumado de problemas de gobierno, no perdía un momento su humorismo y aquella cortesía que le llevaba á dedicar horas enteras á la amistad.

El Sr. Canalejas se levantó esta mañana á las ocho menos cuarto.

Leyó la Prensa de la mañana y no seguida comenzó á dictar cartas y telegramas á sus secretarios, hasta la hora de marchar á Palacio á despachar con S. M.

Estuvo el tiempo de costumbre en la Cámara regia.

Salió de ella y en automóvil se dirigió á su casa para despachar asunto urgente, entre ellos unas notas para el Consejo que se celebraría poco después.

Hasta las once menos cuarto estuvo dedicado á esa labor. A esa hora salió solo, dirigiéndose por la calle de las Huertas, plaza del Angel, calle de la Victoria, al Ministerio de la Gobernación.

Antes de llegar á este Ministerio, en la acera, entre la farmacia de Borrell y la librería fué asesinado el Presidente del Consejo.

Poco después, un ciclista pasaba rápidamente por la calle de las Huertas. Al llegar á casa del Sr. Canalejas se detuvo, entró aceleradamente y preguntó por los Secretarios del Presidente.

Todo azorado exclamó:

—¡Acaban de matar á Canalejas!

Imposible decir la impresión que se produjo en la Secretaría del Presidente.

Creyeron los Secretarios que se trataba de un loco. Pero el ciclista añadió:

—¡Es verdad!, ¡es verdad! ¡Acabo de verle muerto!

Y salió corriendo á montar en su máquina siguiendo por la calle arriba.

La más tremenda desolación se apoderó de todos en la casa del Presidente.

Allí los únicos ajenos á lo que pasaba, eran la esposa y los hijos del Presidente.

Los Secretarios salieron presurosos dirigiéndose á la Gobernación, donde

consternados y llorosos pudieron convencerse de la verdad de la tragedia.

Un pesimismo

Según costumbre, el Sr. Canalejas se dió ayer un paseo por Madrid, después de salir del Congreso. Le acompañaba el Sr. Suárez Inclán, Presidente de la Comisión de Presupuestos.

Se les acercó un hombre muy mal vestido, que les pidió en formas alteradas una limosna.

El Sr. Suárez Inclán le dijo a Canalejas:

—Don José, ¿cómo sale usted así, á pie, con tanta confianza? Debía usted tomar más precauciones. Los gobernantes siempre están en peligro.

—No diga usted eso. ¿Quién me va á querer, personalmente, mal? Son ustedes muy miedosos.

Y se echó á reír.
El Sr. Suárez Inclán insistió en sus advertencias, pero D. José, bromeando, no hizo caso.

El chófer de Canalejas

Después de volver de Palacio, el chófer de Canalejas estaba en el patio, y al verle bajar le preguntó:

—¿Preparo el automóvil?
—No—le contestó el Presidente—; voy á ir á pie.

—Hace mucho frío, Sr. Presidente. ¿Quiere ir en automóvil?

El Sr. Canalejas le dijo nuevamente que no.

—De aquí á Gobernación no me helaré—replicó.

Instantes después el chófer pasaba por la plaza del Ángel y un policía le dijo:

—Acaban de matar á tu amo.

El chófer se enteró de algunos detalles y volvió á casa.

En ella dijo á la señora de Canalejas que D. José se había caído al suelo hiriéndose levemente.

Después llegaron los Ministros de la Guerra y Gracia y Justicia, que la comunicaron la terrible nueva.

La señora de Canalejas estuvo acompañada desde primera hora por la marquesa y el marqués de Pinañel y otras personas de su intimidad.

No se permitió á nadie la entrada en las habitaciones del Presidente.

Los pliegos colocados en la portería se cubren rápidamente de firmas.

Datos biográficos

D. José Canalejas y Méndez había nacido en El Ferrol el 31 de Julio de 1854, siendo su padre D. José Canalejas y Casas, ingeniero industrial y publicista muy conocido, y su tío D. Francisco Paula Canalejas, célebre literato y académico.

Cursó la segunda enseñanza en el Colegio de Santonja y en el Instituto de San Isidro, de Madrid. En 1871 obtuvo de licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, y al año siguiente se doctoró en ambas facultades. ¡Contaba dieciocho años!

El literato

Desde muy niño demostró gran precocidad para los estudios literarios y unas aptitudes verdaderamente extraordinarias.

A los diez años traducía del francés una obra titulada *Luis ó el joven emigrado*.

Una vez doctorado en la facultad de Filosofía y Letras, el Sr. Canalejas sustituyó durante tres años á su tío D. Francisco de Paula en la Cátedra de Literatura española que explicaba él mismo en la Universidad Central.

Sus discursos han sido siempre modelo de elocuencia, y á tan relevantes cualidades debió ser nombrado académico de la Lengua.

Además de numerosos folletos, opúsculos, prólogos, memorias, y artículos, tiene escrito un *Compendio de Literatura latina* publicado en dos tomos.

Ha sido Presidente del Ateneo de Madrid, y los amantes de la literatura recordarán con gusto la discusión que sostuvo con Moreno Nieto sobre el concepto del arte.

El periodista

Canalejas periodista ha sido fecundísimo. A los ocho años escribía el solo un periodiquito manuscrito que repartía entre sus condiscípulos. A los once era corresponsal político de un periódico, y firmaba sus trabajos con el pseudónimo *El Cantor de Magardo*.

Colaboró después en un periódico de corta vida y modestas pretensiones, dirigido por Inza, y años después fundó el *El Demócrata*.

Finalmente, dirigió é inspiró durante muchos años el importante colega *Heraldo de Madrid*. Sus artículos publicados en este diario, constituirán,

coleccionados, una completa historia política española é internacional de fines del siglo XIX y principios del XX.

El administrativo

D. José Canalejas tuvo ocasión de demostrar una nueva fase de su vida, la de hombre de administración, en los primeros años de su juventud.

Siendo su padre director de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Badajoz, fué nombrado Canalejas Secretario de la misma.

Los servicios que prestó á la citada Compañía fueron verdaderamente inestimables, sobre todo en competencias suscitadas con las del Norte y Madrid-Zaragoza-Alicante. El impropio trabajo que esto suponía no le privaba de sus ocupaciones periodísticas y literarias.

El abogado

Canalejas ha sido figura preeminente del Foro español.

Su bufete ha gozado fama, y los continuados triunfos que en los Tribunales alcanzó le elevaron á los dos puestos más elevados de la Abogacía: á decano del colegio de abogados de Madrid y á presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legación, cargo este último que ejerció tres veces.

Sus discursos pronunciados desde este puesto han sido modelos acabados de ciencia jurídica.

En 1900 fué nombrado Académico de Ciencias Morales y Políticas. Es también autor de un *Derecho parlamentario comparado*.

El político

Desde muy joven señalóse Canalejas por sus ideas democráticas y avanzadas, ingresando en el partido liberal con don Cristino Martos.

A los veintisiete años fué diputado á Cortes por primera vez, representando el distrito de Soria, alcanzando pronto fama de orador notable, y señalándose sobre todo en los debates sobre cuestiones militares. Después representó el distrito de Agueda, y ya desde 1887 vino á las Cortes sin intermitencia alguna, primero por Algeciras, y luego, todas las veces por Alcoy.

En 1883 fue subsecretario de la Presidencia con Posada Herrera; en 1838 Ministro de Fomento, y á fines del mismo año Ministro de Gracia y Justicia, llevando á cabo la importantísima obra de reforma del Código civil.

En 1894 95 fué Ministro de Hacienda y en 1902 Ministro de Agricultura, Industria y Comercio.
Por no estar conforme con el Sr. Sagasta en la cuestión religiosa dimitió su cargo en dicha época y constituyó una disidencia, que al morir el Sr. Sagasta acató la jefatura de D. Eugenio Montero Ríos.

En 1905 y 1906 fué Presidente del Congreso, reverdeciendo los laureles de la época de Martos, y siendo un Presidente modelo. Su paso por el primer sitio parlamentario dejó recuerdos de gloria.

Al caer el partido liberal, quedó formando grupo independiente. Cuando aquél volvió en Octubre de 1909 al Poder, siguió en su actitud, y en ella estaba al ser llamado á la Presidencia del Consejo en Febrero de 1910.

De entonces, acá, la historia del señor Canalejas está en la memoria de todos. En la cuestión de Marruecos, en el problema de la Hacienda, en el régimen de la vida local, en los Consumos, en Sanidad, obras públicas, pleito de Canarias, en mil y mil fases de la vida nacional, demostró sus dotes excepcionales, su clarividencia, y sobre todo su patriotismo. Energico, cuando fué preciso, su característica fué, sin embargo, la benevolencia, la tolerancia.

El orador

Siendo Canalejas político, economista, literato, profesor, juriscónsulto, quizás la cualidad sobresaliente de todas fué la de orador. Parlamentario severo y temible, de una cultura profundísima, de una palabra florida, sabiendo alternar las imágenes más bellas con los razonamientos más sólidos, Canalejas ha proporcionado días de gloria enormes, grandes, á la tribuna española.

Los problemas más diversos eran tratados por él con la misma familiaridad, y en todos lucía su grandilocuencia. El asunto más nimio servía para que pronunciara una oración, repleta de doctrina y con ropaje hermosísimo. Con todos los grandes estadistas que se han sucedido en los treinta años últimos ha contenido Canalejas, y siempre lo hizo con brillantez y fortuna.

Tal es el hombre que hoy ha perdido España.

Después de la muerte

El tributo de Extremadura

El ensangrentado cadáver del hombre demócrata por excelencia, que ha sucumbido con aureola de mártir, fué conducido al Ministerio de la Gobernación.

Todas las bocas honradas son hoy una sola boca para maldecir el nombre del asesino, del anarquista sin conciencia y sin honor que segó villanamente la vida de Canalejas, el político que más la hecho en España por el esplendor de las libertades todas.

Sin distinción de ideas ni de clases, la tragedia de la Puerta del Sol ha conmovido el corazón de los españoles y de un extremo á otro extremo, la patria ha respondido con lágrimas á la fatal noticia que nos transmitiera el telégrafo.

No ha sido sin duda el menor dolor de todos, el de la región extremeña donde tantos, tan buenos amigos tenía el ilustre muerto, por eso nos ha conmovido hondamente el último tributo que por mediación de sus diputados, ha rendido Extremadura al Presidente del Consejo.

Armiñán, Esbry, Rivas, tres representantes de esta queridísima patria chica y tres amigos del alma del llorado político, que si no le supieron abandonar en vida, menos aún le abandonarán en muerte, han amortajado el cadáver del jefe del Gobierno.

Al leer la noticia no hemos podido dejarla pasar en silencio: tal coincidencia al cumplir una dolorosa y hermosísima misión es para la tierra extremeña pendón de gloria.

Extremadura, cuna de corazones nobles y generosos, solar de guerreros y de héroes, patria de artistas y trovadores, ha entonado una elegía sacrosanta en la muerte de un hombre que ha de pasar á la Historia en página de laureles y de sangre, Extremadura, benéfica y bizarra, ha tenido en la hora roja unas manos caritativas que lavasen el rostro martirizado de un español ilustre, unas manos que le amortajasen con amor fraterno... y unos corazones que si fueron amigos en los momentos felices, fueron hermanos en la vicisitud.

UNA ODA AL TRABAJO (1)

He leído, no recuerdo dónde, que el Presidente del Consejo de Ministros, el ilustre Canalejas, envió al ser nombrado por primera vez Ministro, un retrato suyo á Saint-Aubin—hermano político del personaje—, acompañado, mejor dicho, aureolado con la siguiente dedicatoria:

“Trabajando llegué á ser algo; puedes, si trabajas, llegar á mucho. Lo espera y desea, tu Pepe.”

¿No veis encerrada en esas líneas la más hermosa oda al trabajo? La escribió un hombre que por su esfuerzo, por su perseverancia, por su noble tesón de llegar por su trabajo constante y honrado acababa de encumbrarse. Y en esa dedicatoria sencilla y familiar se refleja la grandeza de un alma buena que recorre satisfecha y orgullosa la excelstitud del trabajo.

(1) De una colección de la fenecida revista local *Brisas Nuevas*—por ser de triste actualidad—entresacamos hoy esta breve crónica que en Mayo de 1910 escribió para la citada publicación, el distinguido capitán de Infantería y culto escritor, D. Federico Reaño.

Por el trabajo llegó á ser algo, pero no le bastaba; su talento y noble ambición le pedía que llegase á más, y al más alto puesto que puede ambicionar un político ha llegado por sus propios merecimientos, sin desmayar en ninguna ocasión, trabajando siempre...

No debe extrañar ésto á nadie. Canalejas, desde muy niño ha sabido unir á la fuerza inquebrantable de su voluntad una cultura vastísima, cultura que empezó á adquirir en la edad en que la imaginación revolotea como mariposilla atraída por los juegos infantiles.

En un encierro, en su recogimiento voluntario leía libros y libros, aprendía con su excepcional talento todo lo que se proponía saber, y á medida que estudiaba comprendía que la vida es el estudio, que la vida es el trabajo. Y á los diez años traducía obras, á los diez y ocho era doctor, y acusando el talento y la laboriosidad llegaba en plena juventud á ser algo, como decía en la familiar dedicatoria de su fotografía, en esa dedicatoria que es una oda al trabajo.

Federico Reaño.

UN RECUERDO

El Director de la *La Correspondencia de España* estuvo hablando largo rato con el Sr. Canalejas en la noche del lunes y la conversación versó entre, otras cosas, sobre el mitin celebrado “Pro Ferrer”.

—Estoy muy contento—decía el Sr. Canalejas—de haberlo autorizado, y ya ve usted cómo la mejor política es la expansiva. Si lo hubiese prohibido, habrían dicho que yo era un reaccionario, que en España no se podía pensar, y nos hubiesen pintado como país inquisitorial.

“Me vanaglorio—decía—de ser un gobernante liberal, y siempre respetaré, como ahora, la libertad de pensar.

“Crea usted, amigo Romeo—añadía—que el único medio de desarmar á la anarquía es la tolerancia ante las ideas, sin perjuicio de ser inexorable ante los hechos criminales de la propaganda por el hecho ó de la excitación revolucionaria.”

Esas fueron las frases del pobre D. José.

¿Quién le iba á decir que él tan demócrata, tan liberal, tan bueno, tan compasivo, tan amante del pueblo, iba á ser á las pocas horas asesinado por un sectario?

¡Qué sarcasmo!

CANALEJAS Y EL EJÉRCITO

El Ejército, á más de sentirse presa de la mayor indignación ante el cobarde asesinato del Presidente del Consejo de Ministros ha de mostrar muy especialmente su dolor, porqu en el Sr. Canalejas ha tenido siempre un leal amigo un defensor decidido de sus fueros y sus preeminencias.

En su azarosa vida de político, la característica del malogrado jefe del partido liberal fué siempre de amor y consideración al electo armado. El fué, quizás, el primer hombre civil que comprendió en toda su grandiosidad el pensamiento de aquel general ilustre entre los ilustres que se llamó Ca-

sola. A su lado e paso, y en la tenaz defensa que se hizo de sus proyectos en el Parlamento, Canalejas puso su verbo irrepachable, su prestigio naciente, y su voto y su palabra fueron de gran ayuda para el triunfo definitivo de la reforma cassolista. Luego, andando el tiempo, su frase famosa *Cueste lo que cueste*, pronunciada en el Casino Militar en horas críticas señaló una orientación para toda su vida y frente á la oposición más ó menos desembozada de los demás políticos, él proclamó la necesidad de atender al Ejército, mirando con visión profética, el porvenir.

Más tarde, cuando estalló la guerra de Cuba, él fué el único hombre civil que fué á estudiar sobre el terreno el problema cubano en los términos en que se hallaba planteado, y compartir con los soldados sus sufrimientos y peligros, arrojando no sólo los de la enfermedad, sino también los de las balas. Y de su viaje á la Gran Antilla trajo la impresión imborrable de que el Ejército por su abnegación, por sus sacrificios, se lo merece todo, y es, y así debe ser siempre considerado el hijo predilecto de la Patria.

Su época de mando constituye, desde este punto de vista, una verdadera ejecutoria. Para el Ejército ha sido gran parte de sus desvelos, y los ministros de la Guerra que con él compartieron las graves dificultades del Poder el general Aznar primero, el general Luque después, encontraron siempre en su presidente un constante valedor, un apoyo seguro en los Consejos de ministros y en la tribuna de los Cuerpos Colegisladores. Con su influencia, con su palabra, les ayudaba, y no había sacrificio que no estuviera siempre dispuesto á hacer, si de él salía beneficiada la Institución militar á la que consagró siempre cariños de enamorado y admiraciones de patriota.

Liberal por convicción, por temperamento por ideas, reconoció sin embargo la necesidad circunstancial de las leyes restrictivas, y contra todo el torrente de las oposiciones republicanas desbordadas, contra la opinión misma de algunos prohombres de su partido, sostuvo la ley de Jurisdicciones, y no consintió que se derogase, mientras el espíritu y aun la letra de los preceptos de esa ley no sean incluidas en el Código militar. Porque gobernarle previsor, entendía que el Ejército no puede vivir sin leyes que amparen su prestigio y amordacen las lenguas infames que sin esas leyes le denigrarian.

No nos permite el estado de nuestro ánimo apenado y rendido por ese imprevisto y brutal atentado, hacer una enumeración detenida de todo cuanto el Ejército debe al malogrado presidente, que es mucho. Pero los militares sabían que podían fiar en él; que mientras él mandase estaban escuchados por su influencia legítima, por admiración entusiasta. Y en los veinticinco años transcurridos desde 1887 hasta la fecha, esa unión del hombre político con la Institución armada, no se había quebrantado un sólo momento.

Por eso decimos al principio de estas líneas trazadas al correr de la pluma, que el Ejército, á más de la indignación, ha de verse hoy dominado por el sentimiento de que ha perdido un gran amigo, un buen amigo, un verdadero amigo.

CÁCERES

Imprenta y Librería Católica de Santos Floriano González Portal Llano, 39

ÚLTIMA HORA

IMPRESIONES POLÍTICAS

Muchos son los comentarios que se han suscitado acerca de las consecuencias que en la política española ha de traer el asesinato de D. José Canalejas.

A raíz del emocionante suceso fué elegido Presidente interino el Ministro de Estado y hoy—gracias á la benevolencia de nuestro colega *Diario de Cáceres* á cuya extensa conferencia telefónica hemos asistido esta tarde—podemos comunicar á los lectores que D. Alfonso ha consultado con los Ministros en el Consejo celebrado en Gobernación, quién había de encargarse de la Presidencia, á lo que contestó el Sr. Barroso que nadie mejor que García Prieto.

La nota política de más interés que hemos podido anotar en la conferencia telefónica, ha sido la de que esta tarde, después del entierro del jefe de los demócratas, se reunirán en una de las Secciones del Congreso los exministros, senadores y diputados netamente canalejistas para decidir cual ha de ser su actitud en las presentes tristísimas circunstancias.

Hay quien opina que los demócratas seguirán constituyendo partido bajo la jefatura de un liberal de prestigio y en cambio, algunos creen que ha de acordarse queden en libertad los canalejistas para afiliarse al grupo más de su agrado.

Es más general la opinión primera, esto es, la de que continuará el partido demócrata, pues dados los elementos con que al morir contaba el Sr. Canalejas, se le suponen fuerzas bastantes para regir con acierto los destinos de la patria.